

Todas las palabras están gastadas, mi amigo, y tú ya no vienes a abrir la puerta de la gran casa del verso, las paredes blancas donde grabaste en oro el nombre de los amigos.

Vacía está la casa y mis manos y mi vida que caminaba con la tuya, casi siempre hacia el norte, de lado a lado del país, lentamente cuando tu mirada se detenía en un río, en una piedra, en el fulgor azul del cielo, en la arquitectura de un templo, en la luna llena sobre tus montañas, en tu retama, en tu romero, en la melancolía del padre, en su pan y su vino, en los libros que siempre apretaste en los brazos, o entonces velozmente cuando las manos de uñas roídas de Miguel guiaban los locos volantes de su angustia, hasta la madrugada del último invierno en que todo acabó y él fue olvidado, como si la simple evocación de sus días quebrase el sueño de las almas puras.

Pero, Dios, ¿cómo seré capaz de entender tus designios?, si arrancaste así las altas flores del mundo, los amigos –y de repente estamos en esta fortaleza vacía y ya nada vemos, nada podemos hacer, nada podemos decir, se abren a nuestros pies cráteres de luto y las hierbas crecen desmesuradamente y se levantan y golpean nuestros ojos ciegos. El sol oculta su luz. Se apagan todas las luces. Se apaga tu luz.

Te escribo desde el sur –porque el sur es real y no necesita de la literatura– te escribo desde la misma terraza desde donde veíamos las ciudades enteras, las ciudades del mar. Y al hablar de mar, ya no iremos en aquel barco que habría de llevarnos a una isla que descubriste y tocaste levemente y a la que no regresé. Pero regreso siempre aquí, a este lugar que te vio sonreír a las estrellas sin fin, a las constelaciones que diseñabas con tus dedos de fe, Casiopea, León, Arado, Can, sus innumerables rostros de plata, su polvo frío

HERMINIO

José Agostinho Baptista

Traducción de Jorge Lobillo

Ayer soñé contigo –porque el sueño es real y no necesita de la literatura– e íbamos juntos otra vez y éramos jóvenes y casi bellos otra vez, como en los primeros años de la alegría. Después, los portones de hierro negro se cerraron con estruendo y desperté y ya no estaba en un pueblo que apenas conocía, en las tierras de tu eterno amor.

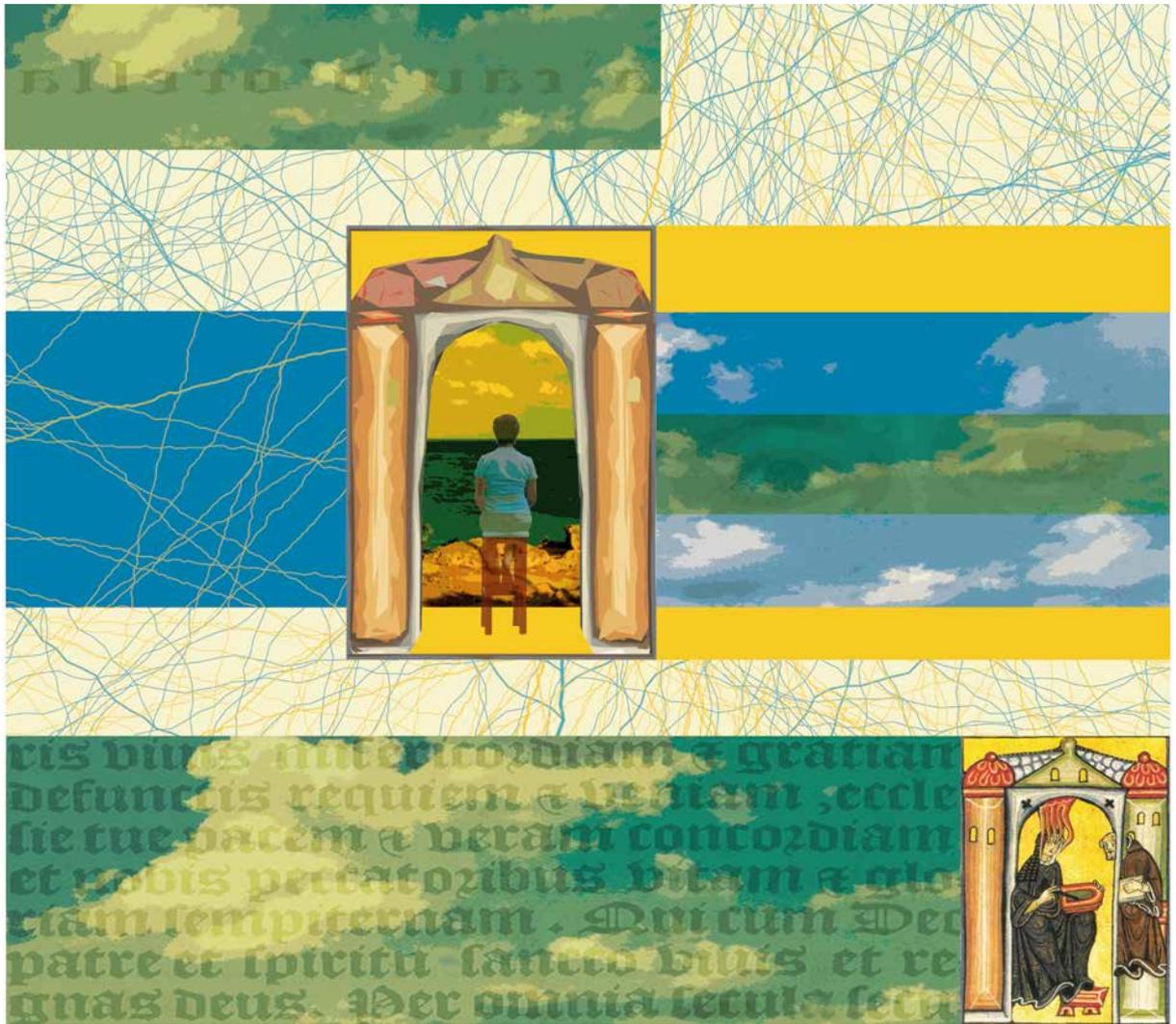
cayendo sobre nuestras cabezas pensativas, sobre el verano.

Tenías las tablas y las leyes, la humildad certeza de los cielos. Y, callado, yo te oía, bebiendo tus fábulas, tus versos sin papel. Eran otros los árboles de sabiduría. Era otro el incienso, el altar, el cuerpo de Cristo, el rosario y la novena, los santificados nombres de tu infancia.

Ayer soñé contigo –porque el sueño es real y no necesita de la literatura– e íbamos juntos otra vez, como en los primeros años de la alegría. Después, los portones de hierro negro se cerraron con estruendo y desperté y ya no estaba en un pueblo que apenas conocía, en las tierras de tu eterno amor. Me sentí perdido como siempre, sin decir nada, esperando oír los corridos y las rancheras de nuestro México que tú cantabas conmovido como en otro tiempo oíste can-

tar en la dulce voz de las madres. Pero sólo oí las campanas, los perros, un llanto raro que venía de lo hondo, explotando, dando un paso atrás, sacudiendo el secreto cuerpo de los amigos. Detrás quedaron los juegos, los balcones de la noche, las sillas de la noche, las prodigiosas historias que te oí, los frondosos árboles mágicos que plantaste, los pájaros de extraños nombres y extraños colores que traías de muy lejos, desde tiempos antiguos, y soltabas del corazón.

Hoy en día sé que sobre el frío y desolado mármol no soy capaz de dejar mis orquídeas y tus rosas, tus rosas de palabras, incendiando el mundo. Hoy sé que de ese lugar donde estás –¿de silencio, de música sublime?– no se envían cartas y el cartero no toca ninguna puerta ninguna vez, pero a pesar de eso te escribo y digo: de tres queda uno, el más desam-



Scivias

parado, aquel que escribe estas palabras gastadas, mi amigo, cuando escribir ya no vale la pena excepto para decir adiós, para despedirme pobremente, sin remedio, sin ruido, con todas las lágrimas vueltas hacia dentro, donde no se ve cómo arden los sueños. (Disculpa tal descreimiento, tú que creíste tanto en los poemas y en la vida.)

Ahora ya es tarde cuando menos se espera. El sol descende. El silencio baja y permanece en

**Ahora ya es tarde
cuando menos
se espera. El sol
desciende.
El silencio baja y
permanece en
el tiempo que
pasa.**

el tiempo que pasa. Ahora, sólo querría volver a caminar contigo y, sobre la Tierra, oír tu voz. **LPyH**

• **José Agostinho Baptista** (Funchal, Madeira, 1948) es reconocido como uno de los poetas líricos más originales del idioma portugués. Ha publicado numerosos libros de poesía y traducido a autores de varios idiomas, entre ellos al mexicano Sergio Pitlor.